

Diez tareas para la ciencia política o el tobogán de Küppers
Mauricio Saldaña Rodríguez

La ciencia política no ha llegado a su fin; simplemente ha modificado su forma de jerarquizar conocimiento y acción a la luz de la posmodernidad, sugiere el autor de este ensayo. Y como muestra, exhibe un amplio catálogo de pendientes que esperan ser atendidos por la ciencia-encrucijada, como diría Maurice Duverger.

Mauricio Saldaña Rodríguez es catedrático-investigador de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla.

Harald Küppers se hizo famoso por su teoría de los cuerpos geométricos de color; en ella, el autor expone que el romboedro es la representación geométrica de las leyes de la visión; es decir que, a partir de un modelo geométrico de tres vectores, cada uno de ellos representará un color primario. Diríase que el modelo de Küppers es una representación geométrica de la visión, del órgano de la vista y por consiguiente, de la idealidad cromática, puesto que deduce los orígenes, las combinaciones y las sensaciones que cada color produce. El romboedro es la piedra filosofal del color, pues. Pero, apenas nos sentimos felices por tal revelación, sentimos la llegada del desencanto: si el romboedro supone la totalidad cromática, seguramente en tal figura geométrica se cumple a cabalidad la ley del paralelogramo de fuerzas, por lo que la ubicación de todos y cada uno de sus puntos sería correspondiente al código de los colores primarios de la línea pertinente. En el caso de la ciencia política, pasa algo semejante: el politólogo cree que la ciencia-encrucijada cubre la totalidad de sus intereses y resulta que no es así. Vea el lector si no:

—aprendimos que la ciencia política revisa las estructuras sociales en base a estratificaciones, postulados y otros mecanismos de trabajo; en la actualidad, las estructuras sociales han cambiado de tal forma que se han desdibujado como los focos temáticos que solían ser. *Nulle montagne sans vallée.*

—pensábamos que el modelo de modernidad seguiría funcionando de la misma manera que nuestra metodología crítica: mostrándose a

paso lento, haciéndose fácilmente identificable por las secuencias epistemológicas que deja sembradas en el camino.

—llegamos a suponer que el concepto de globalización cabría cómodamente en las categorías de análisis político, sin suponer grandes riesgos que anunciaran un agotamiento de la pormenorización metodológica.

—y nos bebimos el cuento aquél del modelo político de conflicto-concertación que sería capaz de hacer comprensible cualquier perturbación de los componentes de la comunidad internacional.

Y todo falló. Los cuatro paradigmas explicativos sobre los que construimos el edificio (el pensamiento) de la ciencia política exhiben su derrota ante la chacota mórbida de la posmodernidad y que se hace acompañar de una incómoda compañera: la maximización de derechos por cuenta de la evasión de los deberes, como diría Lipovetsky. Luego entonces, uno pensaría que la ciencia política como tal está condenada a la desaparición; semejante afirmación no es algo más que un estentóreo petardo en función a que ya hemos vivido al menos tres crisis similares, en apenas un siglo y fracción. Me explico.

1. La primera se da en términos del abandono del Derecho por parte de la ciencia política; es decir, que se hace a un lado el concepto de una teoría política normativa (una especie de *pegote* social a la técnica jurídica), lo que llegó a provocar laberintos verdaderamente intrincados: el constitucionalismo y el institucionalismo. Así las cosas, para el abogado metido a politólogo, el problema de la Política se resolvía a la luz de dos linternas: estableciendo la distancia que los actores políticos mantenían con respecto a las obligaciones y derechos de la constitución, o bien analizando a las instituciones sociales y la relación de las personas con aquellas. De este conflicto, la ciencia política no salió en disputa con el Derecho; cada cual siguió en su camino, a la vez que suelen *aliarse* en algunos campos. El análisis político electoral, por ejemplo.

2. La segunda crisis existe a partir de la teoría de la elección racional, o sea, que el comportamiento político de un individuo opera desde la búsqueda (y eventual captura) de un objeto específico. En este territorio, la Economía y la Psicología se disputaban el territorio invadido a la ciencia política, ya que la elección racional opera en territorios del plusvalor, a la vez que camina sin torpezas por el sendero de las emociones. Al final, la ciencia política puede (y debe) considerar a la Economía y la Psicología como dos aliadas imprescindibles para estudiar al fenómeno político, aunque bien

puede producir explicaciones logradas sin la estricta participación de las dos disciplinas mencionadas.

3. Y la tercera crisis se da en los años más cercanos al 2006: la lucha contra el *discursivismo*. En este territorio lo mismo yace la lingüística (indispensable en el análisis político), la semiótica, la fenomenología y otras ramas que lo mismo conectan a la filosofía clásica que a la deconstructivista. A últimas fechas, la ciencia política llegó a trabajar de una manera tan unida con la lingüística que, para algunos la primera se hizo ramificación de la segunda. Sin embargo, tales aguas hacen breve su oleaje apenas se presenta un receso en el calendario de eventos electorales. Una vez que los pendones y las pancartas comienzan a llenar las calles y vecindarios, la lingüística y el análisis político cubren —otra vez— a la ciencia política con un espeso humo: la confusión que, a simple vista, producen los instrumentales cuando se dislocan de la metodología y éstas, a su vez de los aparatos teóricos periféricos, el rizoma del *ethos* político, pues.

En base a lo anterior —el desencanto de los cuatro pivotes de la mirada politológica contemporánea, combinado con la llegada de la *cuarta crisis*, como la he denominado— es perfectamente comprensible suponer que la ciencia política ha llegado a su fin, pero no es así: bajo mi (estrecho) punto de vista se trata de un mero reordenamiento de los *qués* con los *cómos*; de los *porqués* con los *quiénes*. Para ilustrar un poco mi dicho (*dummheit*) he preparado una mínima Lista de las reasignaciones de la ciencia política, a la luz de la posmodernidad.

1. *El analfabeta político: nómada sin sendero*. El hombre y la mujer que viven en el mundo contemporáneo son —las más de las veces— analfabetas políticos. No les queda la menor duda que deben acudir a votar en los tiempos establecidos para ello, pero más allá del mero sufragio, asumen que la verticalidad societal en la que vivimos se *debe* encargar de lo demás. Se trata del máximo galimatías de la sociedad coetánea: el desdibujamiento de la participación humana en la *polis*, ora por desencantamiento ante los partidos políticos, abrumadoramente desprestigiados por su voracidad y vulgaridad ideológica; ora por la asimétrica repartición de la riqueza en una sociedad que ha abandonado toda conciencia de su complejidad en beneficio de su inmediatez pragmática del abandono (sin remordimiento) de su memoria histórica.

2. *El desdibujamiento de los extremos.* En la actualidad, ser de izquierda o de derecha es una posición que difícilmente podría identificarse como “la asunción ideal de una época axial o decisiva”, parafraseando el dicho de Dino Cofrancesco. Tal afirmación la expido, con la mera lectura diaria de periódicos y revistas: calificarse como militante de derecha conlleva el riesgo de ser estigmatizado al calor de términos tales como “mocho”, “conservador”, “tiralevitas”. A su vez, asumirse de izquierda ofrece la asignación gratuita de apellidos ingratos: “rojillo”, “huérfano del Kremlin”, “estativista” y más aún. ¿Los extremos servirán para algo más allá de la orientación geográfica e ideológica de la acción política? La evidencia cotidiana demuestra que “destra” y “sinistra” ya no son connotación ideológica, sino mera ordenación jerárquica.

3. *El centro: espacio saturado.* Si la izquierda y la derecha son chatarra ideológica de otros tiempos, el centro se congestiona y se crea en su interior un espacio irrespirable. Algo así como un vagón de Metro en hora pico. En un espacio tan drásticamente atiborrado de toda clase de hordas políticas, se acota al ciudadano su legítima libertad para entender al espectro político sin necesidad de santones mediáticos que lo “orienten”. El centro se ha convertido en refugio comodísimo de la lucha política, cuyos participantes hacen todo lo que pueden para contrarrestar algún daño. El centro es un espacio confortable para cualquier partido político porque al mantenerse en dicho territorio, se aleja de dos totalidades excluyentes, mecánicas, a la vez que pretende desarrollar una “síntesis de los opuestos” (diría Marcello Veneziani) y supuestamente con ello, alcanzar una atenuación en la díada que se colapsó con el Muro de Berlín. ¿Habrá una autoanulación del centro por su saturación espacial? Es una tarea pendiente de analizar a la luz —entre otras disciplinas— de la ciencia política.

4. *El ciudadano común: la sin-frontera social.* En la mayoría de los países (hasta México puede ser contado en la lista) los partidos políticos dan cabida a “todos los grupos sociales”: deudores de la Banca; defensores de ballenas; lesbianas; maestros disidentes; periodistas perseguidos; prostitutas; trabajadores despedidos y hasta los cómicos tienen un pedazo de tierra en la mentalidad partidista, menos la llamada “clase media”, el ciudadano que no tiene orientación sexual, religiosa, racial, económica, política o profesional que implica ser diferente. Luego entonces, el ciudadano común *es diferenciado porque no es diferente*. Es difícil encontrarse con alguna persona que acuda a la Cámara de Diputados para (intentar) ser

escuchado –única y exclusivamente– por su identidad ciudadana, sin etiqueta alguna. Al hombre de la calle, al hombre común, escasamente se le toma en cuenta en las banderas que enarbolan los partidos políticos, los defensores de Derechos Humanos, las Organizaciones No Gubernamentales, los observadores internacionales. *Aunque el ser humano se subordine diariamente y en silencio a un superior incapaz, es imposible que abandone el sentimiento de humillación*, dice Václav Havel en su hermoso texto: “La responsabilidad como destino”. El ser común es humillado por *ser no-diferente*. Y esa pesadez axiológica tarde o temprano deberá estudiarse, antes de que estalle.

5. Los límites éticos del partidismo. Se pudo observar con nitidez en las Elecciones que ganó Arnold Schwarzenegger en California, Estados Unidos. Unos de sus oponentes registrados era una *drag queen*; otro, un artista porno cuyo lema de campaña fue: “los californianos las prefieran rubias”. No faltó un cómico venido a menos y un silencioso miembro del fascismo estadounidense. En Holanda, un grupo de pederastas –representados por un caballero de 62 años de edad, de nombre Ad van der Berg– están haciendo su mejor esfuerzo para registrar legalmente su partido político, que entre otras ofertas al público elector, propone que los adultos puedan tener sexo con cualquier niño, siempre y cuando éste tenga doce años cumplidos. También propone a la ciudadanía holandesa que el sexo con animales sea permitido, sí y sólo sí “el animal lo autoriza”. ¿Cuáles son los límites éticos –y morales– de los partidos políticos? ¿Hasta qué punto la libertad de expresión es la punta de lanza del atropello institucionalizado, legalizado, jurídicamente permitido? Tal vez, la libertad del hombre no se encuentre en el destierro de la honestidad. El trasvase entre partidos políticos y libertinaje social puede ser el origen de una sacudida (*shakedown*) en las coordenadas que nos rigen: libertad e igualdad.

6. El gobierno corporativo: las empresas al poder. En seminarios, libros y conferencias de negocios se ha utilizado hasta el cansancio el término “gobierno corporativo”. Más allá del malabarismo semántico (al que son tan proclives los amanuenses de los *baron robbers*) y de la onicomancia burlona que sustenta tal fraseo para el ciudadano común queda suficientemente claro que las empresas (las grandes, desde luego) no solamente poseen un peso brutal en cualquier economía nacional; de hecho, constituyen un aparato de influencia, de control y de presión hacia el gobierno y al Estado en general. Ejemplos sobran: Ai Camp lo indica certeramente cuando se refiere a un gobierno de abogados y otro de gerentes. Es prácti-

camente imposible establecer una línea divisoria entre las prácticas privadas y las públicas, a la hora de la organización de los procedimientos de planeación y hasta de la selección de su gente clave. El gobierno y la empresa se hacen una máquina *deseante*, pero si *en el deseo no hay carencia* (Deleuze *dixit*) entonces el poder debe mantenerse en permanente producción de sí mismo, so pena de perder potencia y en consecuencia, dominio hacia los demás.

7. Las vacantes ideológicas: la oquedad del moroso. Si se observa con detenimiento la oferta agregada de los partidos políticos se entenderá que estamos viviendo una ausencia estremecedora de ideas, de propuestas. Todos los partidos políticos ofrecen lo mismo, de distinta forma. Todos hablan del combate de la pobreza; de la delincuencia; del empleo y la productividad; de los acuerdos de Libre Comercio. En el mejor de los casos, las plataformas electorales mencionan los cómo para atender tal o cual necesidad, pero en el fondo no hay diferencia entre los institutos políticos. Tal parece que estamos confinados a un conjunto de condiciones restrictivas que nos impiden experimentar algo nuevo (la definición de Historia de Foucault) y que a su vez esas condiciones restrictivas nos mantienen permanentemente embobados en el proceso y no en el término del mismo (la Causa Final), o la meta de dicha secuencia. Al día de hoy, el ciudadano común –cansado de la parafernalia electorera– ha optado por el embotamiento sensitivo, por establecer mecanismos de defensa, de resistencia, acudiendo a modos de subjetivación, cada vez más extremos, al margen de lo que sucede. Y a los partidos políticos esto les importa muy poco.

8. La opacidad y la corrupción: el poder bajo la lupa. Dice Hume que los seres humanos nos dedicamos a inventar y creer en lo que inventamos. O sea, que vivimos de la necesidad de nuevas ficciones. Una de esas nuevas ficciones es precisamente la medición de la corrupción y de la opacidad. La primera, como el hecho consumado del abuso; la segunda, como la oscuridad que posibilita el abuso. En tales menesteres, algunas organizaciones internacionales han desarrollado sofisticados mecanismos de evaluación, de medición, de pormenorización de los hechos corruptos y de los eventos opacos, a efecto de informar al público sobre el comportamiento que los gobiernos evaluados han desarrollado en determinado lapso. Sin duda, la medición de la corrupción y de la opacidad ayudan a comprender la forma en que la ética se desintegra al interior de las instituciones públicas. En el caso de la ciencia política, bien valdría la pena efectuar un proceso autocrítico en el cual los politólogos revi-

sáramos nuestra conducta y elaboráramos un listado donde se haga acuse de toda la inmundicia que hemos logrado objetivizar –y hasta hacerla parecer *bonita*– en beneficio de nuestra persona, de nuestro gremio y por supuesto, de aquellas instituciones que requieren de servicios como los enunciados. ¿Acaso no existe corrupción y opacidad en las tareas de la ciencia política?

9. *La mercancía de la demencia: sus efectos políticos.* En un ensayo publicado hace años (“La globalización: esa fiera sin sendero”) abundé sobre la pederastia, el comercio de armas y el narcotráfico. A la suma de estas tres prácticas la denominé “Mercancía de la demencia”. A la fecha, no hay una aportación real de la ciencia política para el combate de tales horrendas mercaderías. El Derecho, la Criminalística, el Comercio Internacional y hasta las Tecnologías de la Información (IT) han puesto la muestra a la ciencia política, pero ésta ha reaccionado con poca eficiencia, a la vez que con escaso entusiasmo. El incremento de las tres prácticas descritas –particularmente en los países más pobres del mundo– indica que el territorio para las propuestas de solución –o al menos, de control– sigue siendo amplio y poco explorado. En terrenos de tanta sensibilidad social, la ciencia política se ha mostrado impasible, cuando no ocupada en una verbosidad enfocada a los medios de comunicación electrónica, como si en esa práctica radicara el misterio de su restricción. Se trata de una asignatura pendiente del politólogo con su profesión, con el mundo, con la sociedad que dice analizar pero que, escasamente ha demostrado comprender.

10. *La política en el ciberespacio: chateo sin palabras.* Mijaíl Bajtín concentró su esfuerzo racional en la solución del problema ético, del acto ético. A él se le atribuye la paternidad de la frase “sólo al Otro se le puede abrazar y tocar amorosamente todas sus fronteras”. La belleza de tal sentencia radica en la posibilidad del Otro, en el acto externo-humano que opera en el mundo físico, en la esfera de la influencia corporal. Tal avistamiento maravilloso carece de sentido en el ciberespacio, en la virtualidad que acerca-alejando, en el espejismo del teclado, en la palidez del algoritmo. La política también ha sido *tocada* por el ciberespacio; lo mismo la administración pública que la acción política y hasta el filosofar del acto político. La sustancia vital del poder –el yo y la relación con el Otro– ha sido invadida por la superficialidad virtual, de la que ora existe, ora ya no está. El ciberespacio plantea un desafío extremo a la ciencia política y a los que trabajamos en ella, con ella: ¿cómo se da la cognición de la Política por el ciberespacio y viceversa? ¿en

qué momento la ciencia política se queda sin interlocutor, precisamente porque el Otro –la Internet, por ejemplo– no es real y en consecuencia, deja de darse la *dialogicidad*? En el ciberespacio, ¿la ciencia política y la política misma son componentes de la *cosedad* electrónica y –por lo tanto– no podrían darse al hombre, sino a la máquina? ¿La política en la Web es casualidad o causalidad? Tal vez, en el ciberespacio no exista la cognitiva que se da en el mundo real y por ello, la ciencia política tenga tantas caras –y anticaras– en el mundo de la inmediatez electrónica.

Hacia la postmodernidad de la ciencia política

En plena madurez física e intelectual, Simónides de Ceos –extraordinario compositor de cantos en honor de los muertos, escritor de elegías sin par, amigo de tiranos– escribió: “para los hombres no hay mal inesperado; en breve tiempo el dios lo desordena todo”. La realidad tal vez nos engañe pero al menos sugiere una enseñanza: *el orden vive del mito*. Todo parece indicar que aún no llegamos a las Guerras Médicas de la ciencia política. 🐉

Posiciones / ¿Hacia dónde va la ciencia política? (fragmentos) Giovanni Sartori*

Tómase como ejemplo la manera en que el tema de nuestra reunión —la democracia— es generalmente debatido en la disciplina. ¿Qué es la democracia? Si con esto se está solicitando una definición, entonces es probable que la respuesta sea que no debemos preocuparnos por definirla y que las definiciones deben ser poco precisas. De otra manera, es probable que la repuesta, sea que ésta es una pregunta mal formulada que conduce a la discusión ontológica, mientras que la pregunta correcta es: ¿hasta qué grado es democrático un estado y/o una democracia? Sin embargo, me parece que ambas respuestas mal interpretan el argumento.

Menospreciar las definiciones está mal por tres razones. Primero, puesto que las definiciones señalan el significado buscado de las palabras, garantizan que no nos mal interpretemos uno al otro. Segundo, en nuestra investigación las palabras son también nuestros contenedores de datos. Por consiguiente, si nuestros contenedores de datos están laxamente definidos, nuestras observaciones estarán mal recolectadas. Tercero, definir es, antes que nada asignar límites, delimitar. Por ello la definición establece qué debe ser incluido y, a la inversa, qué debe ser excluido de nuestras categorías. Si la democracia se define como un sistema en el que los dirigentes son elegidos, actualmente la mayoría de los países podrían calificar como democracia; pero si se define como un sistema de “elecciones libres”, la lista de países incluidos se reduciría a la mitad. Entonces, ¿cómo podemos decir que las definiciones no son importantes?

La discusión sobre el grado es aún más discutible. Su premisa familiar y repetida infinitamente es que todas las diferencias son diferencias de grado. Pero no. No hay nada en la naturaleza de las cosas que establezca que las diferencias son diferencias de grado, así como no hay nada que establezca que son intrínsecamente en especie. Las diferencias son continuas si se tratan así (lógicamente). Asimismo, las diferencias son discontinuas de acuerdo con el tratamiento clasificatorio *per genus et differentiam*. Que las diferencias sean cuantitativas o cualitativas, de grado o de especie, es un asunto de tratamiento lógico y, por tanto es, un asunto de decidir cuál manejo es apropiado para qué propósito.

Si se define, la democracia debe obtener, por definición, un opuesto, es decir, la no democracia. Pregunta: ¿cómo se relaciona lógicamente con su opuesto? De dos maneras. Podemos afirmar

—aplicando el principio aristotélico del medio excluido— que la democracia y la no democracia son términos contradictorios y, por tanto, mutuamente excluyentes. Si es así, cualquier sistema político dado es democrático o no. Pero también podemos concebir la democracia y la no democracia como los polos de un continuo que admite, a todo lo largo, posibilidades intermedias y, por tanto, muchos grados diferentes de democracia. En este caso, no se aplica el caso del medio excluido; y eso es todo. En consecuencia, tenemos el mismo derecho de preguntar qué es, o qué no es, una democracia, y de preguntar en qué grado una democracia es más o menos democrática (con respecto a cuáles características). Ambas son preguntas perfectamente legítimas que se plantean mejor, me parece, en ese orden. La primera pregunta establece los puntos extremos. La segunda se ocupa de las variaciones dentro de la democracia. Pero éste es difícilmente el razonamiento que usted encontrará en la mayoría de los libros de textos americanos. Es probable que se descubra que el pensamiento dicotómico es obsoleto, que la medición reemplaza a las definiciones, y así sucesivamente. Una secuela de eslóganes que, según yo, dan fe de un analfabetismo lógico.

* Tomado de Giovanni Sartori, “¿Hacia dónde va la ciencia política?, *Política y gobierno*, vol. 11, núm. 2, segundo semestre de 2004. Traducción del inglés de Susana Moreno Parada.